



«El joven Tórrés»

LOS ADULTOS ENVIDIOSOS

Los jóvenes son para los adultos los que morirán después que ellos. Un lapso de tiempo, en el que el adulto ya no podrá intervenir, se abre, como posibilidad, ante el joven. Esta elemental certeza se encuentra en el fondo de la tensión entre los que llevan las riendas del mundo y los que esperan turno para llevarlas. Freud intuó genialmente el significado profundo del mito de Edipo, pero lo gravó excesivamente con el contenido de la libido y nos escamoteó la dimensión social de la protesta griega. El oráculo es explícito con Laios, le dice: «Tu hijo te matará». Claro que le matará, todo hijo mata a su padre, porque le sustituye. «Y se casará con tu mujer», le añade. Porque la mujer es como la tierra, un objeto de posesión, y el hijo se convertirá en poseedor de todas las riquezas del padre. Es evidente que la historia de Edipo nos es explicada en defensa del padre; nos dice que los dioses están con el padre, pero al mismo tiempo (he aquí la esencial ambigüedad de los mitos) nos explica que el hijo no podrá evitar su crimen. Nadie lo podrá evitar, ni el padre ahuyentando al recién nacido, ni Edipo huyendo de sus padres adoptivos cuando descubre su sino. El mito de Edipo es el resultado de mucha reflexión, porque los griegos eran un pueblo asentado, con un gran orgullo de sus conquistas legales, y la relación generacional y el valor de la juventud les preocuparon muchísimo. Era un pueblo asentado sobre una gerontocracia, pero la juventud, o precisamen-

te por ello, era a la vez reto y garantía de futuro.

A lo largo de la Historia, los adultos se han defendido bien contra el alud de los jóvenes. En primer lugar, mandándolos a la guerra. Mientras los jóvenes se agotan en las batallas, los viejos se quedan en la retaguardia y gobiernan. El moderno armamento ha cambiado profundamente este aspecto de sangría de la juventud, ya que a partir de la guerra mundial la población entera es alcanzada por la destrucción. Pero fue válido hasta la guerra europea. La falta de hombres jóvenes después de la guerra del 14-18 se refleja en las novelas del período de entre dos guerras, y explica no poco la acción retrógrada de la política europea en este período.

Que el mundo se acostumbró a este equilibrio, a esta especie de solución de emergencia, nos lo indican muchos textos poéticos, pero quizá quien lo explica con mayor claridad es este gran intuitivo de la ciencia social que fue Balzac. El espécimen humano que es el muchacho que intenta por todos los medios alcanzar un sitio importante en la sociedad se reitera en la obra balzaciana y es a menudo el pivote sobre el cual gira toda la trama novelesca. Pero en donde se hace evidente su visión de la juventud como grupo inútil y marginado es en «Un príncipe de la Bohemia». Describe la bohemia como el alud de gente joven, que tiene ya veinte años y no han llegado a los treinta, que llegan a París en busca de un destino, que no pueden ejercer

sus facultades porque no tienen en dónde ejercerlas, y que tienen que pavonearse para atraer la atención de la gente influyente.

«¿En qué época vivimos? —nos dice—. ¿Qué absurdo poder deja perder así fuerzas inmensas? En la Bohemia existen diplomáticos capaces de destruir los proyectos de Rusia, si se sintieran apoyados por la potencia de Francia. Encontraríamos allí escritores, administradores, militares, periodistas, artistas. En fin, todas las clases de capacidad y de inspiración tienen su representación. Es un microcosmos. Si el Emperador de Rusia compraba la Bohemia por unos veinte millones, y —admitiendo que quisiera abandonar el asfalto de los bulevares— la deportara a Odessa, antes de un año Odessa sería París. Allí encontramos la flor inútil que se marchita de aquella admirable juventud francesa, que Napoleón y Luis XIV buscaban, abandonada durante más de treinta años de gerontocracia, bajo la cual todo se enmohece en Francia; hace poco tiempo, el profesor Tissot —hombre poco dudoso— decía: «Esta juventud, verdaderamente digna de él, el Emperador la empleaba por todas partes, en los consejos, en la administración general, en las negociaciones espinosas o llenas de peligros, en el gobierno del país conquistado, y en todo lugar ella correspondía a su dignidad. Los jóvenes eran para él los *missi dominici* de Carlomagno».

Balzac, lúcido y apasionado a la vez, se da cuenta de que la juven-

tud se está convirtiendo en un grupo *outsider*, y que ello es obra de la nueva clase dominante: la burguesía. Reaccionario —más por odio a la burguesía que por amor a l'ancien régime—, Balzac proclama su entusiasmo hacia los grandes organizadores de guerras: Carlomagno, Luis XIV, Napoleón. Bajo la égida de los grandes caudillos batalladores, la juventud no conoce el paro, y hay que añadir ni siquiera la existencia, ya que después de la contienda la pirámide de las edades cambia notablemente. Pero el novelista, lo mismo que otro genial observador, Stendhal, ve solo el papel heroico del joven en una sociedad guerrera y la recuerda para oponerla a la inacción a la que está condenada la juventud en una sociedad en paz y negocios bancarios. No se equivoca Balzac al llamar gerontocracia al poder establecido después de 1830, como comprende también la necesidad —que tiene la nueva estructura— de mantener la juventud en estado de espera.

Este estado de espera, de inacción, de marginación, conforma una nueva condición humana: la adolescencia.

Claro está que el Romanticismo había descubierto ya el manantial inagotable de inspiración que la juventud *desabusée* le ofrecía. Goethe releo su *Werther* al cabo de cuarenta años, y comenta:

«Hace unos pocos días me cayó en las manos, por casualidad, la primera versión de mi *Werther*, y aquella canción durante tanto tiem-

MARIA AURELIA CAPMANY

po extinguida ha empezado de nuevo a resonar, y no logro entender cómo a una persona a la cual el mundo le parecía tan absurdo en la adolescencia, haya podido resistir en él cuarenta años más.

A medida que en la sociedad burguesa va organizándose este compás de espera; llevado a cabo minuciosamente por los educadores con una pedagogía de estímulo y de honores que reproduce el valor del ascenso burocrático, y en el cual han sido los mayores inspiradores los jesuitas, la relación generacional se ha matizado con unas nuevas características. El viejo ha alejado al joven de la palestra declarándole inmaduro, prometiéndole una situación magnífica, si cumple, si obedece, en las escuelas, en los internados que ha organizado para los aprendices de jefe. El éxito posterior estará en relación con la obediencia, y con la brillantez con que resolverá la carrera de obstáculos a que se reducen los estudios. Los adultos pueden estar tranquilos, incluso pueden aceptar sin excesiva preocupación las originalidades del adolescente, su exaltación inútil; pueden educar a los jóvenes en la pedagogía de la espera, porque el futuro se les aparece previsible y según los cánones que ellos mismos han establecido, y de los cuales no dudan. Aunque el joven sienta el vacío de este largo período, en el que padece de impaciencia, sabe también que los adultos no cambiarán de parecer.

Los novelistas han analizado esta profunda escisión del mundo de la adolescencia. Por un lado, el orden, la seguridad que imponen los mayores; por otro lado, lo prohibido, lo que existe más allá del límite de lo útil. Este submundo que el adolescente vive como algo propio, sin comunicación con los mayores, ha sido analizado por Robert Musil en su novela *Las angustias del discípulo Törless*, y ha sido explicado como perverso y sangriento:

«Se sintió, en cierto modo, escindido entre dos mundos: el uno, sólido, burgués, en el cual todo, en definitiva, se producía de manera regulada y razonable —en casa le habían acostumbrado a pensar que sucedía de este modo—, y otro de aventura, lleno de oscuridad, secreto, lleno de sangre y sorpresas imprevistas».

Esa denuncia del trasfondo de la experiencia adolescente va más allá de los propósitos del autor. Se ha visto incluso en esta novela, escrita a principios de siglo, una profecía de la crueldad y la vesania nazis. Volker Schlöndorff, el director del film basado en la novela de Robert Musil, bajo el título de *El joven Törless*, acentuó el contenido profético de la novela austríaca. Schlöndorff, en unas declaraciones aparecidas a raíz del estreno de su película, dice:

—En mil novecientos diez, Musil escribe, sin saberlo, la prehistoria de las dictaduras del siglo XX. Analiza las tensiones psicológicas y la agresividad sexual de ciertos adolescentes aislados en un cole-

gio, y descubre, además, todas las crueldades que harían historia años más tarde. Así, pues, el colegio no es más que la tela de fondo de la Historia. He procurado concentrarme en los chicos, en sus relaciones.

—¿Cuáles son esas relaciones?

—Son relaciones de amistad y de dominación, que acaban desembocando en la crueldad y en la violencia.

—¿Y Törless?

—Törless es el testigo que no quiere participar en los acontecimientos; se contenta con observarlos y analizarlos. Su actitud es muy parecida a la de muchos intelectuales alemanes en el momento del nazismo. Y, como ellos, Törless se da cuenta de que cuando quiere pasar de la observación a la acción, es demasiado tarde. Su actitud pasiva le ha convertido en cómplice.

—¿Se trata, pues, de un film político?

—Sí, en el sentido de que toda psicología conduce a la política.

La repercusión y la trascendencia concedida a la obra de Musil ya en la época de la aparición del libro sorprendió al propio autor. Mucho más tarde, hacia 1936, escribe:

«Mi primer éxito coincide con mi primer libro: *Die Verwirrungen des Zöglings Törless*. El éxito me ha seguido hasta ahora, pero en aquella época, la novela que yo había escrito pasaba por ser a la vez tres cosas: La afirmación de una "generación" nueva, una contribución esencial al problema de la educación, y, por último, el primer impulso de un escritor del cual se podía esperar muchísimo. Llegaron de todas partes aprobaciones críticas y preguntas apasionadas.

No hay duda que gané la amistad de algunos críticos importantes; aparte de todo esto, me pareció que el éxito se apoyaba en una serie de malentendidos. Elogiaban mi sentido de la psicología y mi "realismo", y muchos vieron en el libro el producto de una "experiencia personal", cuando no se trataba en absoluto de una "confesión"; los pedagogos en particular me pidieron "detalles", mientras yo hacía todo lo posible para decepcionarlos.

La verdad es que yo no concedía ningún valor particular al "tema". Naturalmente, yo había visto con mis propios ojos muchas historias análogas, pero me habían impresionado muy poco, y unos años antes de utilizarlo yo, lo había explicado a otro joven escritor cuyo realismo brutal le convenía mucho más».

Podemos aceptar las palabras de Musil, aunque en el fondo dudemos de ellas, ya que a los escritores les gusta a menudo rehusar la significación trascendente de sus ejemplos inmediatos. Pero lo cierto es que la personalidad escindida del adolescente, su capacidad de crueldad, de agresividad, de perversión bajo la capa de su uniforme escolar, es el gran tema de los nuevos pedagogos. Musil no hacía más que

dar significación poética a una evidencia.

Si el orden, la disciplina, la obediencia engendran tamaño infierno, ¿cómo salvar al joven de esta dualidad perturbadora? Y lo que es más: si el orden, la disciplina, la obediencia pueden engendrar los campos de concentración nazis, ¿qué clase de pedagogía se está infringiendo a la generación joven?

Lentamente, pero profundamente, se deteriora la buena conciencia del burgués. Los padres de la patria decimonónicos, barbudos, vestidos de negro, sólidos, no dudaban en absoluto de los valores que inculcaban a sus descendientes. Y los hijos, a pesar de sus angustias, interiorizaban los valores de los adultos, que aparecían como inamovibles, eternos. Gran parte de la literatura del período de entreguerras exalta la juventud como paraíso inexorablemente perdido: la juventud es un valor inútil, autodestructor.

Pero, en el mundo de hoy, el adulto no sabe en absoluto lo que quiere imponer a la generación nueva. La seguridad de nuestros abuelos decimonónicos ha desaparecido, y los viejos reprochan a los jóvenes una actitud «contestataria» que ellos les han comunicado. Lo que sucede es que los adultos no han hecho práctica su protesta, se ha manifestado únicamente con críticas verbales, con agrias consideraciones en las que la frustración lleva su mayor parte. La actitud de la juventud, tanto si se trata de la solución negativa del «hippismo», como de una ideología política agresiva, les incomoda.

Por otro lado, los jóvenes de hoy difieren de los jóvenes de ayer en muchas características. La nueva higiene, la nueva dietética, ha promocionado un joven más precoz físicamente, un joven que ha sustituido la paciente espera por la patología de la impaciencia. Los adultos se han encontrado, a la larga, atados por su propia astucia. Han concentrado a los jóvenes en los centros educativos, escuelas, Universidades, pero no han sido capaces de comunicarles un mínimo de seguridad que fundamente la pedagogía de la espera. El porvenir se acerca incierto, el paro ya no es un problema únicamente obrero, las carreras lindan con el vacío. Y ante el angustioso porvenir que los mayores les ofrecen, los jóvenes reaccionan ya desentendiéndose de todo valor ético, ya dejándose llevar por la violencia. El antiguo temor de los adultos ha vuelto a primer término. Enfrente a la juventud que contesta los principios que los adultos no saben defender, ya que se han quedado sin argumentos para defenderlos, la generación vieja se siente envidiosa de esta protesta sin límites. Les indignan los cabellos largos, les indignan las actitudes lascivas, les indigna la facilidad con que se desnudan, porque les envidian. Constantemente saltan argumentos no controlados en la protesta de la edad madura, al estilo de: «Yo a su

edad...» «Yo a su edad no tenía dinero...» «Yo a su edad no tenía vehículo alguno, ni moto, ni coche...» «Yo a su edad, cuando mi padre me decía...» «Yo a su edad agradecía el más mínimo regalo...».

Al mismo tiempo, el valor juventud, que la misma generación vieja ha puesto en circulación para evitar plantearse los problemas que les incumben en tanto que hombres, se les convierte en un valor intocable. Los viejos tratan de imitar a los jóvenes, se visten como ellos, intentan dejarse crecer el pelo, disimulan su propia vejez, adoptando una actitud risible que los jóvenes no perdonan.

Mientras tanto, los jóvenes se debaten para encontrar una salida. Y lo grave es que es sólo una salida, no un camino hacia. La pedagogía elaborada por los jesuitas, dentro de la cual vivimos todavía, deteriora a conciencia la imaginación. De ello se sigue, tristemente, que los anómicos y los «contestatorios» se encuentran rehusando un sistema, sin capacidad de imaginar uno nuevo. Recuerdo con angustia que después de los hechos del mayo francés, los grupos se reunieran hasta el aburrimiento sin llegar a decidir si tenían que prescindir de los exámenes o no. Ni siquiera se les ocurrió pensar que no era la palabra examen lo que podía dar la clave del problema, sino todo el sistema pedagógico.

Pero lo cierto es que la juventud desorientada, anarquizante, politizada o absentista, ha adquirido un peso dentro del conglomerado social y se ha convertido en una obsesión de los adultos envidiosos. Los jóvenes no son una simple amenaza de sustitución, son algo peor: son la realización de sus propias dudas, de su mala conciencia. La urgencia de la vida del joven de hoy, la exigencia de posesión de todos los bienes de la Tierra, aun antes de que les sea concedido el certificado de madurez, el ritmo de instantes presentes que conforma su modo de estar en las cosas, la conciencia de la propia juventud como defensa, han sido elaborados por los adultos para mantener la fuerza joven en el cercado de su propia impotencia. Pero ahora este universo cerrado se presenta amenazador para la propia tranquilidad de espíritu del adulto. El adulto envidioso no teme, como Lalos, que la nueva generación le usurpe trono y cama, pero teme el vacío que le plantea el poder joven y se siente amenazado por su aparente, omnimoda, libertad. Descontento de sí mismo, el adulto contempla la exigencia del joven con una mal disimulada envidia. Una señora escribía al «correo del corazón» de una conocida revista: «Yo no puedo ir a comprar ningún vestido prêt-à-porter, todos los almacenes están llenos de trajes y toda clase de abalorios para jovencitas». Y un reaccionario profesor indignado con los estudiantes de Nanterre, concluía su anatema con un reproche: «Y estos revolucionarios van todos motorizados, yo a su edad iba a pie».